

# Frans de Waal

## La edad de la empatía

¿Somos altruistas por naturaleza?



Frans de Waal

# LA EDAD DE LA EMPATÍA

Lecciones de la naturaleza  
para una sociedad más justa y solidaria

Traducción de Ambrosio García Leal

*Con ilustraciones del autor*

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *The Age of Empathy. Nature's Lessons for a Kinder Society*

1.ª edición: septiembre de 2011

1.ª edición en esta presentación: octubre de 2022

© 2009 by Frans de Waal

Traducción publicada por acuerdo con Harmony Books, una división de Random House, Inc.

© de la traducción: Ambrosio García Leal, 2011

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

ISBN: 978-84-1107-178-9

Depósito legal: B. 13.532-2022

Fotocomposición: David Pablo

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Índice

Prefacio .....	11
1. Biología, izquierda y derecha .....	13
2. El otro darwinismo .....	43
3. Cuerpos que se hablan .....	65
4. En la piel del otro .....	111
5. El elefante en la habitación .....	151
6. Lo que es justo, es justo .....	197
7. El fuste torcido .....	247
Apéndices	
Notas .....	279
Bibliografía .....	313
Agradecimientos .....	341

# 1

## Biología, izquierda y derecha

¿Qué es el gobierno mismo sino la más grande de todas las reflexiones sobre la naturaleza humana?

JAMES MADISON, 1788

¿Somos acaso guardas de nuestros hermanos? ¿Deberíamos serlo? ¿O bien la adopción de este rol no hace más que interferir en la razón por la cual hemos venido al mundo, que según los economistas es consumir y producir, y según los biólogos es sobrevivir y reproducirnos? Es comprensible que estos dos puntos de vista se parezcan, pues ambos surgieron más o menos en la misma época y el mismo lugar, en el transcurso de la revolución industrial inglesa. Ambos aplican una lógica de la-competencia-es-buena-para-uno.

Un poco antes y algo más al norte, en Escocia, la manera de pensar era otra. El padre de la economía, Adam Smith, comprendió mejor que nadie que la persecución del interés propio debe atemperarse mediante el «sentimiento de compañerismo», tal como lo expresó en su libro *La teoría de los sentimientos morales*, ni de lejos tan popular como su posterior obra *La riqueza de las naciones*. Así comenzaba su primer libro:

Por más egoísta que se pueda suponer al hombre, existen evidentemente en su naturaleza algunos principios que le hacen interesarse por la suerte de otros, y hacen que la felicidad de estos le resulte necesaria, aunque no derive de ella nada más que el placer de contemplarla.<sup>1</sup>

Los revolucionarios franceses cantaban a la *fraternité*, Abraham Lincoln apelaba a la compasión y Theodore Roosevelt hablaba con entusiasmo del sentimiento de compañerismo como «el factor más

importante para una vida política y social saludable». Pero si esto es cierto, ¿por qué se ridiculiza a veces dicho sentimiento tachándolo, valga la redundancia, de sentimental? Un ejemplo reciente lo tuvimos después de que el huracán *Katrina* arrasara Louisiana en 2005. Mientras los norteamericanos asistían atónitos a una catástrofe sin precedentes, una cadena de televisión por cable consideró oportuno preguntar si la Constitución de Estados Unidos contemplaba medidas para paliar el desastre, a lo que un invitado al programa respondió que la desgracia ajena no era de nuestra incumbencia.

El día en que cedieron los diques, dio la casualidad de que me encontraba conduciendo de Atlanta a Alabama para dar una conferencia en la Universidad de Auburn. Aparte de unos cuantos árboles caídos, aquella zona de Alabama había sufrido pocos daños, pero el hotel estaba repleto de refugiados: la gente había llenado las habitaciones de abuelos, niños, perros y gatos. ¡Me desperté en un zoológico! Quizá no fuera la situación más extraña para un biólogo, pero daba idea de la magnitud del desastre. Y aquellos habían tenido suerte. El titular del periódico matutino ante mi puerta proclamaba: ¿POR QUÉ NOS HAN DEJADO TIRADOS COMO ANIMALES?, citando a una de las personas desesperadas tras días sin comida ni aseo en el Superdome de Louisiana.

Discrepo de este titular, y no porque piense que no había motivo de queja, sino porque los animales no necesariamente dejan tirados a sus congéneres. Mi conferencia trataba precisamente de este tema, del «mono que llevamos dentro», que no es ni de lejos tan cruel y aborrecible como se pretende, y de la naturalidad con que la empatía aflora en nuestra especie. No estoy diciendo, sin embargo, que esta naturaleza siempre se exprese. Miles de personas con dinero y transporte propio huyeron de Nueva Orleans abandonando a su suerte a los enfermos, los viejos y los pobres. En algunos lugares se veían cadáveres flotando en el agua, donde servían de comida para los caimanes.

Pero el desastre también suscitó una gran vergüenza nacional por lo ocurrido, y un increíble torrente de ayudas. La compasión

no estaba ausente, solo se retrasó un poco. Los norteamericanos son generosos, pero se han educado en la falsa creencia de que la «mano invisible» del mercado libre (una metáfora introducida por el mismo Adam Smith) se cuidará de las tribulaciones del mercado. Sin embargo, la mano invisible no hizo nada para evitar la horrible puesta en escena de la supervivencia del más apto en Nueva Orleans.

El secreto inconfesable del éxito económico es que a veces se logra a expensas de los fondos públicos, con lo que se crea una ingente clase baja de la que nadie se ocupa. El *Katrina* expuso las vergüenzas de la sociedad norteamericana. En mi viaje de vuelta a Atlanta, se me ocurrió que este es el tema de nuestro tiempo: el bien común. Tendemos a centrarnos en las guerras, el terrorismo, la globalización y los escándalos políticos banales, pero la gran cuestión es cómo combinar una economía floreciente con una sociedad humana. Lo cual tiene que ver con la sanidad, la educación, la justicia y —como ilustra el *Katrina*— la protección contra la naturaleza. Los diques de Louisiana cedieron por culpa de una negligencia criminal. En las semanas posteriores a la inundación, los medios de comunicación se afanaron en señalar con el dedo. ¿Habían incurrido los ingenieros en una mala praxis? ¿Se habían desviado fondos? ¿No debería haber interrumpido sus vacaciones el presidente? Allí de donde yo vengo, «los dedos encajan en el dique» (o al menos eso dice la leyenda). En Holanda, buena parte de cuyo territorio está a seis metros bajo el nivel del mar, los diques son hasta tal punto sagrados que los políticos no tienen potestad sobre ellos: la gestión del agua corre a cargo de ingenieros y consejos ciudadanos locales anteriores a la nación misma.

Si uno piensa en ello, esto también refleja desconfianza en el gobierno, no tanto en la institución como en la cortedad de miras de la mayoría de los políticos.

La manera en que la gente organiza sus sociedades puede que no parezca la clase de cuestión que debería interesar a un biólogo. Supongo que debería preocuparme por el pájaro carpintero de pico marfileño, el papel de los primates en la propagación del sida o del ébola, la desaparición de las selvas tropicales o si hemos evolucionado a partir de los monos. Aunque esto último sigue siendo cuestionable para algunos, ha habido un llamativo cambio en la opinión pública en lo que respecta al papel de la biología. Han quedado atrás aquellos días en que un exaltado le echó un cubo de agua fría a E.O. Wilson tras una conferencia sobre la conexión entre las conductas animal y humana. La mayor receptividad a nuestros paralelismos con los animales nos hace la vida más fácil a los biólogos, de ahí mi decisión de subir un escalón para ver si la biología puede arrojar alguna luz sobre la sociedad humana. Si esto significa meterse en el fregado de la controversia política, ¿acaso la biología no forma parte ya de ella? En todo debate sobre la sociedad y el gobierno se hacen grandes suposiciones acerca de la naturaleza humana, que se presentan como si se derivaran directamente de la biología. Pero casi nunca es así.

Los amantes de la competencia abierta, por ejemplo, invocan a menudo la evolución. La palabra se deslizaba incluso en el infame discurso sobre la codicia pronunciado por Gordon Gekko, el despiadado directivo interpretado por Michael Douglas en la película de 1987 *Wall Street*:

La cuestión, señoras y señores, es que la «codicia» —a falta de una palabra mejor— es buena. La codicia es lo correcto. Funciona. Aclara, penetra y captura la esencia del espíritu evolutivo.

¿El espíritu evolutivo? ¿Por qué las suposiciones acerca de nuestra biología siempre tienen connotaciones negativas? En las ciencias sociales, la naturaleza humana está tipificada por el viejo

proverbio hobbesiano «*Homo homini lupus*» (el hombre es un lobo para el hombre), una sentencia cuestionable sobre nuestra propia especie, basada en suposiciones falsas sobre otra especie. Así pues, un biólogo que explora la interacción entre sociedad y naturaleza humana no está haciendo nada nuevo. La única diferencia es que, en vez de intentar justificar un marco ideológico particular, el biólogo tiene un interés real en la naturaleza humana y su origen. ¿Se reduce el espíritu evolutivo a la codicia, como pretendía Gekko, o hay algo más?

Los estudiosos del derecho, la economía y la política carecen de herramientas para contemplar su propia sociedad con objetividad. ¿Con qué van a compararla? Raramente consultan, si es que lo hacen alguna vez, el vasto conocimiento del comportamiento humano acumulado por la antropología, la psicología, la biología o la neurología. En pocas palabras, lo que se deriva de estas disciplinas es que somos animales grupales: altamente cooperativos, sensibles a la injusticia, a veces beligerantes, pero principalmente amantes de la paz. Una sociedad que ignore estas tendencias no puede ser óptima. También es verdad que somos animales que se mueven por incentivos, que están pendientes de la jerarquía, el territorio y el sustento, así que cualquier sociedad que ignore estas tendencias tampoco puede ser óptima. Nuestra especie tiene una cara social y una cara egoísta. Pero, puesto que la segunda es la perspectiva dominante, al menos en Occidente, me centraré en la primera: el papel de la empatía y la conectividad social.

Hay en marcha una nueva e interesante investigación sobre los orígenes del altruismo y la equidad en nosotros y otros animales. Por ejemplo, si dos monos reciben recompensas enormemente dispares por la misma tarea, el que recibe menos simplemente rehúsa continuar ejecutándola. Los miembros de nuestra especie también rechazan las remuneraciones si estiman que su distribución es injusta. Puesto que *cualquier* remuneración es mejor que nada, esta conducta significa que ni los monos ni las personas aplican el principio del beneficio al pie de la letra. Al rebelarse contra la falta de

equidad, su comportamiento es congruente tanto con la importancia de los incentivos como con un rechazo natural de la injusticia.

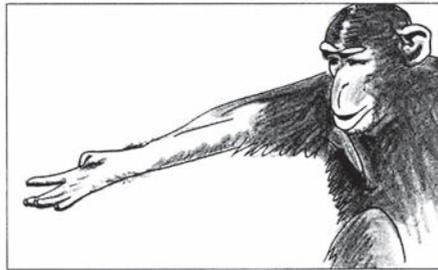
Sin embargo, en algunos aspectos parece que nos acercamos cada vez más a una sociedad carente de toda solidaridad, en la que a mucha gente no le cabe esperar sino un trozo ínfimo del pastel. Reconciliar esta tendencia con los viejos valores cristianos, como la ayuda a los enfermos y los pobres, puede parecer una empresa vana. Una estrategia corriente consiste en señalar con el dedo a las víctimas. Si a los pobres se les puede culpar de su pobreza, los demás quedan exculpados. Así, un año después del *Katrina*, Newt Gingrich, un eminente político conservador, reclamó una investigación sobre «el fracaso de la ciudadanía» por parte de la gente que no había conseguido escapar del huracán.<sup>2</sup>

Los que ponen la libertad individual por encima de todo suelen contemplar los intereses colectivos como una idea romántica, algo propio de blandos y comunistas. Prefieren regirse por una lógica individualista. Por ejemplo, en vez de invertir dinero en diques para proteger toda una región, ¿por qué no dejar que cada uno se ocupe de su propia seguridad? Una nueva empresa de Florida está ofreciendo precisamente eso: el alquiler de plazas en aviones privados para escapar de los lugares amenazados por huracanes. De esta manera, los que puedan permitírselo no tendrán por qué conducir a diez kilómetros por hora junto con el resto del populacho para abandonar su ciudad.

Toda sociedad tiene que tratar con esta actitud del «yo primero». Lo veo a diario. Y no me refiero a la gente, sino a los chimpancés del Yerkes National Primate Research Center, donde trabajo. En nuestra estación de campo al nordeste de Atlanta, donde albergamos chimpancés en grandes corrales abiertos, a veces les damos alimento para que lo compartan, como, por ejemplo, sandías. Casi todos quieren ser el primero en echar mano de la comida, porque, en cuanto un animal se la apropia, rara vez se la arrebatara otro. Existe un respeto por la propiedad. Tanto es así que hasta el macho más dominante permite que la hembra de rango más bajo conserve

su comida. Los dueños de comida suelen ser solicitados por otros con una mano extendida palma arriba (un gesto que también es universal en los pedigüenos humanos). Los chimpancés ruegan y gimen, lloriqueando literalmente en la cara del otro. Si este no les hace caso, pueden llegar a sufrir un arrebató, y entonces se pondrán a chillar y a revolcarse por el suelo como si fuera el fin del mundo.

Lo que quiero significar es que se posee tanto como se comparte. Al final, por lo general antes de veinte minutos, todos los miembros del grupo tienen algo de comida. Los dueños comparten su posesión con sus mejores amigos y sus familiares, que a su vez la comparten con sus mejores amigos y sus familiares. Suele ser una escena bastante pacífica, aunque no falte algún que otro empujón. Todavía recuerdo la ocasión en que, durante la filmación de una de estas sesiones, el cámara se volvió hacia mí y me dijo: «Debería mostrar esto a mis hijos. Podrían aprender de ello».



Los chimpancés piden comida extendiendo la mano con la palma hacia arriba, un gesto típico de nuestra especie.

Por tanto, no hay que creer a quienes dicen que, como la naturaleza se basa en la lucha por la vida, así es como tenemos que vivir. Muchos animales sobreviven no eliminándose unos a otros o acaparándolo todo para sí, sino a base de cooperar y compartir. Esto se aplica sobre todo a los cazadores en manada, como los lobos o las orcas, pero también a nuestros parientes más cercanos, los chimpancés. En un estudio realizado en el parque nacional de Tai, en

Costa de Marfil, se observó que los chimpancés cuidaban de miembros del grupo heridos por leopardos: les lamían las heridas, se las limpiaban y espantaban las moscas que se posaban en ellas. Protegían a los compañeros heridos y se trasladaban más despacio para no dejarlos atrás. Todo esto tiene perfecto sentido, ya que los chimpancés viven en grupo por una razón, igual que los lobos y los seres humanos son animales grupales por una razón. Si el hombre es un lobo para el hombre, lo es en todos los sentidos, no solo en los negativos. No estaríamos donde estamos hoy si nuestros ancestros hubieran sido socialmente distantes.

Lo que necesitamos es una revisión completa de las suposiciones sobre la naturaleza humana. Demasiados economistas y políticos modelan la sociedad humana sobre la base de la lucha perpetua que a su juicio existe en la naturaleza, pero que no es más que una proyección. Como los ilusionistas, primero meten sus prejuicios ideológicos en la chistera de la naturaleza y luego se los sacan de la oreja para mostrar lo mucho que nuestra naturaleza se ajusta a ellos. Es un truco que nos hemos tragado durante demasiado tiempo. Obviamente, la competencia forma parte del cuadro, pero las personas no pueden vivir solo a fuerza de competencia.

### *El niño besuqueado*

El filósofo alemán Immanuel Kant daba tan poco valor a la benevolencia humana como el exvicepresidente de Estados Unidos Dick Cheney al ahorro de energía. Cheney menospreciaba el ahorro como un «signo de virtud personal» que, por desgracia, no haría ningún bien al planeta. Kant consideraba que la compasión era «bella», pero irrelevante para una vida virtuosa. ¿Quién necesita buenos sentimientos si el deber es todo lo que cuenta?

Vivimos en una era que ensalza lo cerebral y rebaja las emociones como expresión de sensiblería y desequilibrio. Peor aún, las emociones son difíciles de controlar, ¿y acaso no es el autocontrol lo que nos

hace humanos? Como eremitas resistiéndose a las tentaciones de la vida, los filósofos modernos intentan mantener a distancia las pasiones humanas y centrarse en la lógica y la razón. Pero, así como ningún eremita puede evitar soñar con hermosas doncellas y apetitosos manjares, ningún filósofo puede desentenderse de las necesidades, ansias y obsesiones básicas de una especie que, por desgracia para ellos, es de carne y hueso. La idea de una «razón pura» es pura ficción.

Si la moralidad deriva de principios abstractos, ¿por qué los juicios morales son a menudo instantáneos? Apenas necesitamos reflexionar sobre ellos. De hecho, el psicólogo Jonathan Haidt cree que llegamos a ellos de manera intuitiva. Haidt presentó a sujetos humanos diversas situaciones de conducta extraña (como un encuentro nocturno entre hermano y hermana), que los sujetos enseguida desaprobaban. Luego los instó a dar las razones que se les ocurrieran para rechazar el incesto, hasta que se quedaron sin argumentos. Podrían haber dicho que el incesto lleva a engendrar hijos anormales, pero en el experimento de Haidt los hermanos empleaban un método anticonceptivo eficaz, lo que invalidaba este argumento. La mayoría de los sujetos pronto alcanzaban la fase de «enajenación moral»: insistían obstinadamente en que la conducta era incorrecta, sin saber decir por qué.

Está claro que a menudo tomamos decisiones morales inmediatas que nos salen de las «entrañas». Nuestras emociones deciden, y luego nuestro poder de raciocinio, como si de un asesor de imagen se tratara, intenta urdir justificaciones plausibles. Dicha mella en la primacía de la lógica humana ha propiciado el retorno de las aproximaciones prekantianas a la moralidad. Estas anclan la moralidad en los llamados sentimientos, una concepción que casa con la teoría evolutiva, la neurología moderna y el comportamiento de nuestros parientes los primates. Aunque esto no quiere decir que los monos sean seres morales, estoy de acuerdo con Darwin en que hay un continuo entre la moralidad humana y la socialidad animal, como escribió en *El origen del hombre*:

[...] todo animal, cualquiera que sea su naturaleza, si está dotado de instintos sociales bien definidos [...], inevitablemente llegaría a la adquisición del sentido moral o de la conciencia cuando sus facultades intelectuales llegasen o se aproximasen al desarrollo a que aquellas han llegado en el hombre.<sup>3</sup>

¿Cuáles son esos instintos sociales? ¿Qué es lo que hace que nos preocupemos por la conducta de los demás, o por los demás? El juicio moral obviamente va más allá, pero el interés por los otros es fundamental. ¿Dónde estaría la moralidad humana sin él? Es el cimiento sobre el que se edifica todo lo demás.<sup>4</sup>

En el ámbito corporal ocurren muchas cosas en las que raramente nos paramos a pensar. Cuando escuchamos a alguien que nos cuenta una historia triste, de manera inconsciente dejamos caer los hombros, inclinamos la cabeza como la otra persona, copiamos su expresión facial, etcétera. A su vez, estos cambios corporales generan en nosotros el mismo estado de abatimiento que percibimos en la otra persona. Más que meternos en la cabeza de nuestro interlocutor o interlocutora, es nuestro cuerpo el que remeda el suyo. Lo mismo vale para otras emociones más alegres. Recuerdo una mañana en que, al salir de un restaurante, me sorprendí a mí mismo silbando. ¿Por qué me había puesto de tan buen humor? La respuesta es que había estado sentado al lado de dos hombres, obviamente viejos amigos, que no se veían desde hacía mucho tiempo. Habían estado dándose palmadas en la espalda, riendo, contándose historias divertidas. Esto debió de elevar mi espíritu, aunque no conociera a aquellas personas ni estuviera al tanto de su conversación.

La transferencia del humor a través de las expresiones faciales y el lenguaje corporal es tan poderosa que la gente que la efectúa a diario incluso comienza a parecerse. Esto se ha comprobado con retratos de parejas duraderas, comparando las fotos tomadas el día de su boda con otras tomadas veinte años después. A unos cuantos sujetos humanos se les pidió que emparejasen según su similitud diversos retratos de hombres y mujeres presentados por separado.

En el caso de las fotos tardías, no tuvieron ningún problema en decidir quién estaba casado con quién. Pero en el caso de las fotos juveniles, los sujetos suspendieron el examen. Esto quiere decir que los casados de larga duración se parecen porque sus rasgos convergen con los años, no porque elijan parejas con las que guardan parecido. La similitud era mayor en las parejas que se declaraban más felices. Por lo visto, compartir emociones a diario lleva a un miembro de la pareja a «internalizar» al otro, y viceversa, hasta el punto de que cualquiera puede ver cuánto se pertenecen el uno al otro.

No puedo resistirme a comentar aquí que los perros y sus dueños a veces también se parecen. Pero no estamos hablando de lo mismo. Solo podemos emparejar correctamente fotos de personas y sus perros si estos son de pura raza. La cosa no funciona con perros mestizos. Obviamente, las razas puras son escrupulosamente elegidas por sus dueños, que pagan elevadas sumas por ellas. Una señora elegante puede querer pasear un lebrél afgano, mientras que un carácter más dominante puede preferir un rottweiler. Puesto que la similitud no aumenta con la duración de la relación entre perro y dueño, el factor crítico es en este caso la elección de la raza, algo muy diferente a la convergencia emocional entre los esposos.

Nuestros cuerpos y mentes están hechos para la vida social, cuya ausencia nos sume sin remedio en la depresión. Por eso, junto con la muerte, el aislamiento es nuestro peor castigo. Vincularnos es tan bueno para nosotros que la mejor manera de ampliar nuestra expectativa de vida es casarse y permanecer casado. El inconveniente es el riesgo de perder la pareja. A menudo la muerte del cónyuge conduce a la desesperación y a una voluntad de vivir disminuida, lo cual explica los accidentes, el alcoholismo, los ataques cardíacos y los cánceres que se llevan a los viudos recientes. La mortalidad se eleva durante los seis meses posteriores a la pérdida de la pareja, más en los jóvenes que en la gente mayor, y más en los varones que en las mujeres.

Las cosas no son diferentes para los animales. Yo mismo he perdido dos mascotas por esta causa. La primera fue una grajilla

(un ave semejante a un cuervo) que había criado con mis propias manos. *Johan* era un macho manso y amigable, pero no estaba ligado a mí. El amor de su vida era una hembra de su especie llamada *Rafia*. Vivieron juntos durante años, hasta que un día *Rafia* escapó del aviario (sospecho que un niño de la vecindad demasiado curioso abrió la puerta). Solo, *Johan* se pasaba el día llamando a su pareja y oteando el cielo. Murió al cabo de pocas semanas.

Luego fue nuestra gata siamesa *Sarah*, que había sido adoptada cuando aún era una cría por nuestro gran macho *Diego*; este la lamía y limpiaba, le dejaba presionar su vientre como si la amamantara y dormía con ella. Durante una década fueron inseparables, hasta que *Diego* murió de viejo. Aunque *Sarah* era más joven y no tenía problemas de salud, dejó de comer y murió dos meses después que *Diego*, sin que el veterinario pudiera determinar la causa.

Hay miles de historias parecidas, incluyendo casos de animales que rehúsan separarse de sus seres queridos. No es raro que las madres primates carguen con sus crías muertas hasta que de ellas no queda más que pellejo y huesos. En Kenia, una hembra de babuino que había perdido a su cría se puso extremadamente nerviosa cuando una semana después reconoció el arbusto donde había dejado su cuerpo; luego se subió a un árbol alto desde donde podía otear los alrededores mientras emitía las típicas llamadas quejumbrosas de los babuinos separados de su grupo. También se sabe que los elefantes vuelven al lugar donde se encuentran los restos de compañeros muertos para plantarse solemnemente ante sus huesos blanqueados por el sol. Pueden pasarse una hora volteando y olisqueando los huesos, y a veces se llevan algunos consigo, pero se ha observado a otros elefantes retornándolos a la «tumba».

La lealtad animal nos impresiona tanto que incluso se le han dedicado estatuas. En Edimburgo (Escocia) hay una pequeña escultura de *Greyfriars Bobby*, un terrier escocés que nunca se separó de la tumba de su dueño, enterrado en 1858. Durante catorce años enteros, *Bobby* custodió la tumba mientras era alimentado por sus admiradores, hasta que murió y fue enterrado a poca distancia. Su lá-

pida reza: QUE SU LEALTAD Y DEVOCIÓN SEA UNA LECCIÓN PARA TODOS NOSOTROS. En Tokio hay una estatua similar de un akita japonés llamado *Hachiko*, que cada día iba a la estación de Shibuya para saludar a su dueño cuando este volvía del trabajo. El perro se hizo famoso por continuar con este hábito después de la muerte de su amo, en 1925. Durante once años, *Hachiko* acudió a la estación todos los días a la misma hora para esperar a su dueño. Los amantes de los perros todavía se congregan una vez al año en la salida que hoy lleva su nombre en homenaje a su fidelidad.

Unas historias conmovedoras, desde luego, pero ¿qué tienen que ver con el comportamiento humano? El caso es que somos mamíferos, animales para los que el cuidado maternal es obligado. Obviamente, la vinculación tiene para nosotros un inmenso valor de supervivencia, y el vínculo más crítico es el que se establece entre madre e hijo. Este vínculo proporciona la plantilla evolutiva para los otros vínculos, incluso entre adultos. No debería sorprendernos, pues, que los enamorados humanos experimenten una regresión conductual, dándose el uno al otro bocados de comida como si fueran incapaces de comer por sí solos, y diciéndose tonterías con el tono de voz agudo normalmente reservado para los bebés. Yo mismo crecí oyendo el estribillo de la canción de amor de los Beatles *I Wanna Hold Your Hand* [Quiero cogerte de la mano]: otra regresión.

De hecho, una serie de estudios con animales ha tenido una influencia muy concreta en la manera en que nos tratamos unos a otros. Hace un siglo, los orfanatos y casas de acogida seguían los consejos de una escuela de psicología que, en mi opinión, ha causado más estragos que ninguna otra: el *conductismo*. La denominación refleja la convicción de que el comportamiento es todo lo que la ciencia puede observar y conocer y, por ende, lo único de lo que debemos ocuparnos. La mente, si es que tal cosa existe, es una caja negra. Las emociones apenas son relevantes. Esta actitud se tradujo en un tabú acerca de la vida interior de los animales: estos debían describirse como máquinas, y los estudiosos del comporta-

miento animal tenían que emplear una terminología desprovista de connotaciones humanas. Irónicamente, el tiro les salió por la culata en al menos un caso. El término *vinculación* se acuñó inicialmente para evitar etiquetas antropomórficas como *amigo* o *colega*. Pero desde entonces se ha hecho tan popular para las relaciones humanas (como en «vinculación masculina» o «experiencia vinculadora») que ahora probablemente tendremos que devolvérselo a los animales.

Que las personas están controladas por la misma ley de condicionamiento que los animales fue demostrado convincentemente por uno de los padres del conductismo, John Watson,<sup>5</sup> quien inculcó en un bebé humano la fobia a los objetos peludos. Al principio, el pequeño Albert jugaba felizmente con el conejo blanco que le habían dado. Pero después de que Watson hiciera coincidir cada aparición del conejo con un estruendoso golpeo de objetos de acero justo detrás de la cabeza del pobre Albert, el miedo se hizo inevitable. A partir de entonces, Albert se tapaba los ojos y sollozaba cada vez que veía al conejo (o al investigador).

Watson estaba tan enamorado del poder del condicionamiento que se volvió alérgico a las emociones. Era especialmente escéptico en relación con el amor maternal, que consideraba un instrumento peligroso. Al deshacerse en atenciones hacia sus hijos, las madres les arruinaban la vida infundiéndoles debilidades, temores y complejos de inferioridad. La sociedad necesitaba menos tibieza y más estructura. El sueño de Watson era una «granja infantil» sin progenitores donde los niños pudieran criarse según principios científicos. Por ejemplo, un niño solo debía recibir algún mimo si se había comportado extraordinariamente bien, y apenas una palmadita en la cabeza, nada de abrazos ni de besos. Las recompensas físicas sistemáticas, pensaba Watson, harían maravillas, y eran mucho mejores que el estilo sentimentaloides con que la mamá típica cría a sus hijos.

Por desgracia, entornos como el de la granja infantil existieron realmente, y todo lo que puede decirse de ellos es que resultaron funestos. Esto quedó claro cuando los psicólogos examinaron a huérfa-

nos mantenidos en cunitas separadas por sábanas blancas, privados de estimulación visual y contacto corporal. Tal como recomendaban los científicos, los huérfanos nunca habían sido arrullados, ni tomados en brazos, ni nadie les había hecho cosquillas. Parecían zombis, tenían la cara inmóvil y los ojos muy abiertos, inexpresivos. Si Watson hubiera tenido razón, aquellos niños deberían haber prosperado, pero lo cierto es que carecían de toda resistencia a las enfermedades. En algunos orfanatos la mortalidad rozaba el cien por cien.

La cruzada de Watson contra lo que él llamaba «el niño besuqueado» y su inmensa influencia en la opinión pública durante la década de 1920 nos resultan hoy difíciles de comprender, pero explican por qué otro psicólogo, Harry Harlow, se propuso demostrar lo obvio: que el amor maternal es importante... para los monos.<sup>6</sup> En un laboratorio primatológico de Madison (Wisconsin), Harlow demostró que los monos criados aisladamente estaban mental y socialmente trastornados. Cuando se les integraba en un grupo, carecían de la tendencia a interactuar socialmente, no digamos ya de la capacidad de hacerlo. De adultos, ni siquiera sabían copular o amamantar. Con independencia de los reparos éticos que nos inspire hoy la investigación de Harlow, este demostró más allá de toda duda que la privación del contacto corporal no es algo que convenga a los mamíferos.

Con el tiempo, esta clase de investigación acabó imponiéndose y contribuyó a mejorar la suerte de los huérfanos humanos. Excepto en Rumanía, donde el presidente Nicolae Ceaușescu creó un gulag emocional al hacer que miles de recién nacidos se criaran en instituciones. Cuando los orfanatos de Ceaușescu se abrieron a la luz pública tras la caída del telón de acero, el mundo recordó la pesadilla conductista. Los niños huérfanos eran incapaces de reír o llorar, se pasaban el día meciéndose en posición fetal (una conducta llamativamente similar a la de los monos de Harlow) y ni siquiera sabían jugar. Cuando se les proporcionaban juguetes nuevos, los arrojaban contra la pared.



Los huérfanos rumanos eran criados según principios «científicos» que ignoraban las necesidades emocionales.

La vinculación es esencial para nuestra especie, y es lo que nos hace más felices. Y no me refiero a la alegría saltarina que el general Charles de Gaulle seguramente tenía en mente cuando, según se cuenta, dijo que «la felicidad es para los idiotas». La búsqueda de la felicidad incluida en la Declaración de Independencia estadounidense se refiere más bien a un estado de satisfacción con la vida de uno mismo. Se trata de un estado mensurable, y hay estudios que indican que, por encima de ciertos ingresos económicos básicos, la riqueza material importa bien poco. El nivel de vida ha ido aumentando en las últimas décadas, pero ¿ha cambiado nuestro coeficiente de felicidad? En absoluto. Antes que el dinero, el éxito o la fama, el tiempo dedicado a las amistades y la familia es lo que más beneficia a la gente.

La importancia de las redes sociales es algo que damos por sentado, tanto que a veces lo pasamos por alto. Fue lo que le ocurrió a mi equipo de expertos en primates (aunque deberíamos haberlo sabido muy bien) una vez que construimos una nueva estructura para que nuestros chimpancés treparan y se ejercitaran. Nos centramos demasiado en el entorno físico. Durante más de treinta años, los animales habían vivido en el mismo recinto abierto, una extensa área equipada con entramados metálicos para trepar. Decidimos introducir postes telefónicos unidos entre sí para proporcionarles más diversión. Du-

rante la construcción, los chimpancés fueron alojados en jaulas cercanas al lugar. Al principio se mostraron intranquilos y ruidosos, pero callaron en cuanto oyeron la enorme máquina que clavaba los postes. ¡Se habían dado cuenta de que la cosa iba en serio! Conectamos los postes con cuerdas, replantamos el césped, cavamos nuevos desagües, y al cabo de ocho días la remodelación estaba completada. La nueva estructura era diez veces más alta que la anterior.

Al menos treinta empleados de la estación de campo vinieron a ver la suelta de los animales. Habíamos hecho apuestas sobre cuál de nuestros chimpancés sería el primero en tocar la madera o subir a lo más alto. Aquellos chimpancés no habían olido ni tocado madera durante décadas, o nunca. Como era de esperar, el director del centro vaticinó que los primeros serían el macho y la hembra de más rango, pero sabíamos que los chimpancés machos no son héroes. Siempre intentan mejorar su posición política, y en el proceso pueden asumir grandes riesgos, pero sufren accesos diarreicos de miedo cuando surge algo nuevo a la vuelta de la esquina.

Una vez en la torre que domina el complejo, y con todas las cámaras en marcha, dimos suelta a la colonia. Lo primero que ocurrió fue algo que no esperábamos. Estábamos hasta tal punto prendados de nuestra maravillosa construcción, la cual tanto nos había hecho sudar en pleno verano, que habíamos olvidado que nuestros chimpancés habían estado encerrados durante días en jaulas separadas, incluso recintos separados. Los primeros minutos tras la liberación los dedicaron por completo a restablecer las conexiones sociales. Algunos chimpancés casi saltaron unos a los brazos de otros, se pusieron a abrazarse y besarse. Un minuto después, los machos adultos estaban haciendo alardes de intimidación, con el pelo erizado, por si alguno había olvidado quién era el jefe.

Los chimpancés apenas prestaban atención a la nueva estructura. Algunos pasaron por debajo como si fuera invisible. ¡Parecían negar su existencia! Hasta que repararon en los plátanos que habíamos colocado en algunos lugares estratégicos, visibles desde el suelo. Los primeros chimpancés en interesarse por la estructura

fueron las hembras más viejas e, irónicamente, el último en tocar la madera fue una hembra conocida por ser la abusona del grupo.

Sin embargo, tan pronto como recogieron la fruta y se la comieron, todos abandonaron la estructura. Era obvio que no estaban preparados para aquello. Se congregaron en el viejo entramado metálico, que el día anterior mis discípulos habían encontrado de lo más incómodo tras probar a sentarse en él. Pero era lo que los chimpancés conocían de toda la vida, así que perezosamente se acomodaron allí, contemplando el Taj Mahal que habíamos levantado al lado para ellos, como si fuera un objeto que examinar, en lugar de disfrutarlo. Pasaron meses antes de que permanecieran durante periodos de tiempo significativos en el nuevo ámbito.

Nos había cegado el orgullo por nuestra proeza, hasta que los chimpancés nos corrigieron recordándonos lo básico. Esto me hizo volver a pensar en Immanuel Kant, porque ¿acaso no es este el problema de la filosofía moderna? Obsesionados por lo que consideramos nuevo e importante acerca de nosotros mismos (el pensamiento abstracto, la conciencia, la moralidad), pasamos por alto lo fundamental. No estoy intentando minimizar lo que nos hace únicos, pero si queremos comprender cómo hemos llegado hasta aquí tendremos que comenzar desde abajo. En vez de fijarnos únicamente en las cimas de la civilización, tenemos que prestar atención a las estribaciones. Las cimas resplandecen al sol, pero es en las estribaciones donde encontramos la mayor parte de lo que nos mueve, incluyendo esas desordenadas emociones que echan a perder a nuestros niños.

### *Mitos sobre nuestros orígenes*

Era un típico conflicto primate durante una cena en un restaurante italiano de postín: un macho humano desafiando a otro —yo— delante de su novia. Conociendo mis escritos, ¿qué mejor diana que el lugar de la humanidad en la naturaleza? «Dime un aspecto en el que sea difícil diferenciar a las personas de los animales», me ex-

hortó, buscando un caso de estudio. Sin pensarlo, entre dos bocados de deliciosa pasta, repliqué: «El acto sexual».

Quizá por haberle recordado algo innombrable, noté que mi respuesta lo había dejado un tanto fuera de juego, pero solo momentáneamente. Pronto se embarcó en una encendida defensa de la pasión como una peculiaridad humana, subrayando el origen reciente del amor romántico, los maravillosos poemas y serenatas que lo acompañan, y desdeñando el énfasis que yo había puesto en la mecánica de *l'amore*, que es esencialmente la misma para personas, hámsteres y gupis (los machos de este pez están dotados de una aleta modificada a modo de pene). Para terminar, dedicó una expresión de profundo disgusto a todos esos detalles anatómicos mundanos.

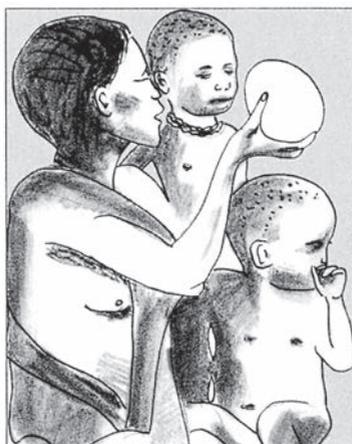
Por desgracia para él, su novia era una colega mía, así que aportó con gran entusiasmo más ejemplos de sexo animal, y acabamos teniendo la clase de conversación de restaurante que adoran los primatólogos pero incomoda al resto de la humanidad. Un silencio de estupor invadió las mesas vecinas cuando la chica exclamó: «¡Tenía una erección de *este* tamaño!». No estaba claro si la reacción tenía que ver con la frase textual o con el hecho de que ella indicase lo que quería decir con el pulgar y el índice apenas separados. Estaba hablando de un pequeño mono sudamericano.

Nuestra discusión nunca se zanjó, pero a los postres ya había perdido acaloramiento. Estas discusiones son para mí el pan nuestro de cada día: creo que somos animales, mientras que otros creen que somos algo completamente distinto. La unicidad humana puede ser difícilmente sostenible en lo que respecta al sexo, pero la situación cambia si uno considera los aviones, los parlamentos o los rascacielos. Los seres humanos tienen una capacidad cultural y tecnológica ciertamente impresionante. Aunque muchos animales exhiben elementos de cultura, si encontramos un chimpancé en la jungla con una cámara podemos estar seguros de que no se la ha fabricado él mismo.

Ahora bien, ¿qué hay de los seres humanos que han permanecido desconectados de la explosión cultural que ha experimentado buena parte del mundo en los últimos milenios? Escondidas en lugares re-

cónditos, estas gentes poseen todas las señas de identidad de nuestra especie, como el lenguaje, el arte y el fuego. Podemos estudiar cómo sobreviven sin la distracción de los avances tecnológicos de hoy. ¿Se ajusta su modo de vida a los supuestos ampliamente aceptados sobre el «estado natural» de la humanidad (un concepto con una rica historia en Occidente)? Dado que este concepto figura en la Revolución francesa, la Constitución estadounidense y otros pasos históricos hacia la democracia moderna, no es un asunto trivial establecer el posible modo de vida de la humanidad en su estado original.

Un buen ejemplo lo constituyen los «bosquimanos» del sudoeste de África, cuyo estilo de vida era tan simple que fue parodiado en la película *Los dioses deben estar locos*, estrenada en 1980. De adolescente, la antropóloga Elizabeth Marshall Thomas se trasladó con sus padres, también antropólogos, al desierto del Kalahari para vivir entre ellos. Los bosquimanos, hoy también conocidos como el pueblo san,<sup>7</sup> son una etnia menuda y ágil que se ha labrado un nicho muy modesto en un ecosistema abierto, de herbazales, tan seco la mitad del año que los pocos pozos fiables restringen sobremanera el desplazamiento humano. Han vivido así durante miles y miles de años, de ahí el título del libro que Marshall Thomas escribió sobre ellos: *The Old Way* [Los viejos usos].



Una madre bosquimana ofrece agua a un niño usando un huevo de avestruz como recipiente.

Los viejos usos incluyen una vestimenta mínima hecha de pieles de antílope, una modesta choza de paja, un palo afilado para cavar y una cáscara de huevo de avestruz para transportar agua en los desplazamientos diarios. Los cobijos se construyen y reconstruyen una y otra vez clavando unos cuantos palos en el suelo, entrelazando la parte superior y cubriendo el armazón con hierba. A Marshall Thomas esto le recordaba la manera en que chimpancés y gorilas construyen nidos para una sola noche en lo alto de los árboles, entrelazando unas cuantas ramas para obtener una plataforma sobre la que puedan dormir lejos del suelo, donde el peligro acecha.<sup>8</sup>

Los bosquimanos se trasladan en fila de a uno, con un hombre al frente que comprueba si hay huellas recientes de predadores, serpientes u otros peligros. Las mujeres y los niños ocupan posiciones más resguardadas. Esto también es una reminiscencia de los chimpancés, que en las travesías peligrosas —como cuando cruzan un camino de tierra humano— adoptan una disposición similar, con los machos adultos al frente y en la retaguardia, y las hembras y los miembros más inmaduros en medio. A veces el macho alfa monta guardia en el camino hasta que todo el grupo lo ha cruzado.<sup>9</sup>

Puede que nuestros ancestros estuvieran más arriba en la cadena trófica que la mayoría de los primates, pero desde luego no estaban en la cima. Tenían que guardarse las espaldas. Esto nos lleva al primer mito falso sobre nuestro estado natural: que nuestros ancestros eran los reyes de la sabana. ¿Cómo puede afirmarse tal cosa de unos primates bípedos cuya estatura difícilmente superaba el metro veinte? Debían de vivir aterrorizados por las hienas de la época, del tamaño de un oso, y por los tigres dientes de sable, cuyo tamaño doblaba el de los leones actuales. En consecuencia, tenían que contentarse con ser cazadores de segunda. La oscuridad es la mejor tapadera, pero, como los bosquimanos actuales, los cazadores humanos primigenios probablemente optaban por la luz del día, cuando sus presas podían verlos venir desde kilómetros de distancia, porque la noche estaba reservada para los cazadores «profesionales».